BALANCE DE LAS RELACIONES INTERAFRICANAS DEL AFRICA INDEPENDIENTE *

Hacia la descolonización.

El continente africano, aparte puntos aislados de la costa, fue repartido, tras previo acuerdo, sobre las modalidades acordadas en el Congreso de Berlín (1884-85), es decir, que ha permanecido menos de un siglo en situación colonial, exceptuando los casos de Argelia y el de los afrikaners en Africa del Sur. Aun así, este impacto exterior fue muy desigual, según el emplazamiento o riqueza de cada territorio.

La serie de Congresos Panafricanos que se efectuaron a partir de 1900 hasta los años treintas, fueron más una cuestión de los negros norteamericanos y de los de las Antillas francesa y británica que de africanos. Tales Congresos aspiraban esencialmente a un mejoramiento de las cosas, no a un cambio radical de la situación. La II G. M. fue el factor definitivo, *sine qua non*, de la descolonización. Aunque Churchill había dicho que él no presidiría la disolución del Imperio británico, meses después de la emancipación de la India y Pakistán, tuvo que reconocer que Attlee no podía actuar de otra forma.

El fin de la guerra de Indochina (1954) empalmó con la guerra de Argelia, que iba a durar más de siete años. Ambos conflictos—uno en Asia y otro en Africa—fueron los únicos que alcanzaron proporciones realmente alarmantes en materia de descolonización. La proclamación de la V República fran-

* Este artículo, a grandes rasgos, vendría a constituir un extracto de una parte de nuestra tesis doctoral presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid a comienzos de año—"Africa como conflicto (Las relaciones interafricanas"—, recién publicada por E. D. I. C. U., S. A., Madrid, 1968, 572 págs., Colección "Esta Hora", núm. 1.

Para una historia de este período, véase JOHN HATCH: *A History of Post-War Africa*, Londres, 1967, XXVI-432 págs., bibliografía.

cesa en 1958 facilitaría el camino a los independentistas africanos, al crearse la *Communauté,* aunque en rigor la *loi cadre* de dos años antes había puesto los cimientos de una nueva política francesa en el Africa negra. Excepto la Kenia del Mau-Mau, ciertas operaciones de guerrilleros en Camerún (francés) y la matanza de rebeldes en Madagascar en 1946-47, la emancipación de Africa se efectuaría sin lucha. Estos años «presenciaron luchas sobre horarios *(timetables)* más que luchas sobre principios», ha dicho un autor refiriéndose a la independencia de Africa [1].

El camino lo había mostrado la reanudación de los interrumpidos Congresos Panafricanos. El V (o VI, según como se cuenten) de ellos se celebró en Manchester, en 1945, todavía no concluida la conflagración mundial. Estuvo impregnado no sólo de anticolonialismo y anti-imperialismo, sino también de internacionalismo y socialismo [2]. Era el signo de la época. La llegada de los blindados soviéticos a Berlín había trastornado la situación y el pensamiento de los líderes africanos. «El mito de 1917 eclipsó súbitamente el de 1789» [3].

El ponente principal del Congreso de Manchester fue un semidesconocido que descubrió la potencialidad de la nueva era: el doctor Kwame Nkrumah. Dos años después se fundaba en París la prestigiosa Revista *Présence Africaine.* A través de ella el concepto de *négritude* de Léopold Senghor, partido de un nivel cultural, se iría politizando progresivamente. En los Congresos de Escritores y Artistas Negros, en París (1956), y sobre todo en Roma (1959), las discusiones se habían politizado definitiva y radicalmente. Entre ambos Congresos habían conseguido la independencia los dos primeros países negros: Ghana y Guinea.

Al terminar la Guerra Mundial sólo eran plenamente independientes la Unión Sudafricana y Liberia, y si se quiere, Egipto. Incluso la liberada Etiopía seguía ocupada por los británicos. La suerte de las ex colonias italianas Libia y Somalia (Eritrea sería federada con Abisinia) acarreó problemas, sobre todo en Libia, en la cual los rusos habían puesto esperanzas de fideicomiso [4]. El espectro de la presencia soviética en el Mediterráneo ayudó a decidir la suerte

---

[1] PETER CALVOCORESSI: *World Politics since 1945*, Londres, 1968, pág. 306.

[2] JACK WODDIS: *Africa: The Way Ahead*, Londres, 1963, pág. 116.

[3] GILBERT COMTE: *Problèmes de psicho-politique africaine*, "Afrique Contemporaine", núm. 20, julio-agosto, 1965, pág. 22.

[4] GEORG SCHWARZENBERGER: *La política del poder (Estudio de la sociedad internacional)*, México, 1960, pág. 350.

de esta «caja de arena» (el petróleo estaba inédito), otorgándosele la independencia en 1951, a pesar de ser el territorio más atrasado y menos poblado de todo el norte de Africa. La insurrección argelina aconsejó dar la independencia a los protectorados de Túnez y Marruecos (1956), donde ya los franceses se veían obligados a mantener operaciones más que policiales.

Fue Nkrumah que con su Ghana consiguió la primera independencia de un país negro (1957) dentro de la Commonwealth, mientras la Guinea de Sékou Touré salía algo traumáticamente de la *Communauté* al dar un masivo «no» en el referéndum constitucional francés de 1958, pese a las serias advertencias que el general De Gaulle había formulado en caso de tal resultado. Ambos países, con la somnolienta Liberia, fueron los pioneros del despertar negro africano; 1960 fue el «año de Africa». Todo el Africa francófona (excepto Djibuti) obtuvo la soberanía por territorios separados; asimismo los británicos concedieron la independencia a Nigeria y los belgas obsequiaban con el Congo. En los años venideros seguirían la masa de los territorios británicos hasta terminar, en septiembre pasado, con Swazilandia. Y en octubre, los españoles arriaban la bandera en Guinea Ecuatorial. A excepción del Sahara, Ifni y las plazas de soberanía españolas, la Guinea portuguesa y la Somalia francesa, es en el sur del continente donde la «presencia blanquista» [5] se atrinchera sólidamente y en donde se va acumulando una tormenta de alcances imprevisibles sobre líneas raciales.

Conferencias y bloques: Esperanzas y frustraciones.

Los países que iban incorporándose a la independencia se daban cuenta que una cincuentena de unidades políticas eran demasiadas para un continente de 30 millones de kilómetros cuadrados, gran parte de ellos inhabitables, y por 1960 con cerca de 300 millones de habitantes.

La consigna, inventada probablemente por Nkrumah, aunque en todo caso ha sido su infatigable promotor, fue la de unidad: «unidad africana». Como nunca pasó de nivel conceptualista, ningún líder tuvo inconveniente en admitirla y de engrosar con ella su vocabulario político; cada uno la interpretaba a su gusto, compatibilizándola con las tan maldecidas, pero siempre sacrosantas «fronteras artificiales» heredadas de los colonialistas. Por encima de

[5] Término utilizado en nuestra tesis, *op. cit.*

todo había que mantener la soberanía de cada nuevo Estado territorialmente intacta, lo que no era incompatible con ciertos ejercicios académicos que trazaban hipótesis menos egocéntricas en la redacción de los documentos constitucionales. Pero la práctica, y a ello nos atendremos, fue mucho menos condescendiente. En realidad, la filosofía de cada líder, sin apenas excepción, fue la de Julio César: «Prefiero ser el primero en una aldea que el segundo en Roma». Nada de abdicaciones. Si cabía, hasta lo contrario: reivindicaciones a costa del vecino.

El vocabulario oficial era de optimismo y mansedumbre, excepción hecha de ciertos conflictos concretos que, sin subterfugios, se plantearon inmediatamente, o, mejor dicho, que estallaron inmediatamente. La reiterada técnica de los años siguientes sería la de aproximar en la medida de lo posible este deseo de unidad con la realidad de la balcanización. El mecanismo ideado fue inevitablemente el de las Conferencias, con el resultado imprevisto de que de cada Conferencia para la «unidad», Africa emergía más dividida. Los intereses y vocaciones nacionales buscaron bases en un sistema de ideas politizadas (ideología si se quiere) que han oscilado en la mayoría de los casos entre lo pedestre y lo utópico. Entre tanto, toda una mitología fue cobrando forma.

Este sistemático vaivén fue debilitando el peso de la nueva Africa dentro del concierto mundial, y, lo que es peor, ella se causó aburrimiento a sí misma. A los tres años del «año de Africa», el continente ofrecía un aspecto desolador. No sólo Africa inauguraba su nueva existencia más fragmentada que Hispanoamérica tras su independencia, sino que encima añadió otro pecado desconocido en el hemisferio americano: se haría dividido en bloques ideológicos.

En estos años, el número de Conferencias que se celebrarán serán incontables. A escala continental figuran las Conferencias de los Pueblos Africanos (Accra, 1958, y Túnez, 1960), que las intebraban representaciones no gubernamentales de todos los países, independientes o no, donde se formulaban los problemas con mayor energía; las Conferencias de Estados Africanos Independientes (Accra, 1958; Addis Abeba, 1960, y El Cairo, 1962), en donde los asuntos se trataban más cautamente por serlo a nivel gubernamental; y en un tercer grupo, de diversa índole, donde incluiríamos las Conferencias sindicales panafricanas, la de Acción Positiva, la de Estudiantes, la de Mujeres de Origen Africano, la de Hombres de Negocios, la de Iglesias Luteranas... [6].

[6] PHILIPPE DECRAENE: *Le Panafricanisme*, París, 1962, pág. 51.

A ellas habría que añadir los encuentros más restringidos, que son pléyade, así como los que desbordan el marco africano.

La ruptura del continente sobre líneas ideológicas—en lo que las actitudes ante la guerra de Argelia fueron un factor importante, aunque no único y determinante—, se había consumado entre fines de 1960 y comienzos de 1961. Colin Legum sitúa el momento decisivo del comienzo de esta trayectoria de quiebra en octubre de 1960, cuando una serie de factores aislados (sin descontar las disputas bilaterales) se potencian al máximo en tal momento. Los factores que enumera son cinco: la independencia de Nigeria, la independencia súbita de 13 territorios franceses, el enfrentamiento de Marruecos y Mauritania, la independencia del Congo Belga y el colapso de su aparato estatal y, finalmente, el papel desempeñado por la Confederación Internacional de Sindicatos Libres de Africa (Y. C. F. T. U.) [7].

La independencia del coloso nigeriano desplazó o amortiguó el resplandor solitario de Nkrumah, creándose una tensión entre Accra y Lagos; Marruecos reivindicó Mauritania como territorio propio; el Congo derivó rápidamente en un caos y tras la caída de Lumumba los países africanos apoyaron bien al Gobierno de Léopoldville, bien a los lumumbistas reunidos en torno a Gizenga; los Sindicatos, en un accidentado peregrinaje, vinieron a seguir las sendas ideológicas marcadas por sus respectivos Estados generalmente.

A fines de año los exterritorios franceses se agruparon en el llamado «grupo de Brazzaville», reconociendo a Mauritania como nación independiente. La réplica encolerizada de Marruecos fue fulminante: convocó la Conferencia de Casablanca a comienzos de 1961 entre los Estados africanos que no la reconocían (la asistencia de Ceilán fue un tanto por equivocación). Con ello el Africa «revolucionaria» se oponía al Africa «reformista» (o «moderada»). Tal sería el lenguaje de la época. Aparte factores circunstanciales que daban cierta base a la clasificación, lo cierto es que los «revolucionarios», comenzando por Marruecos, se basaban en una posición endeble. Estas Africas, a la larga, más que revolucionarias o reformistas, resultaron retóricas (salvo contados países, algunos todavía no independientes por entonces).

A mediados de mayo tuvo lugar la Conferencia de Monrovia, a la que acudieron las potencias francófonas del «grupo de Brazzaville», más otras no pertenecientes al «grupo de Casablanca». Las así llamadas potencias de Monrovia a comienzos de 1962 invitaron a los demás Estados, incluidos los

[7] COLIN LEGUM: *Pan-Africanism: A Short Political Guide*, Londres, 1962, pág. 22.

de Casablanca, a una reunión que se celebraría en Lagos, pero una vez más, el crujiente problema de Argelia frustró esta posibilidad, puesto que los moderados se negaban a invitar al Gobierno provisional (G. R. P. A.) de los insurrectos. Por eso la conferencia de Lagos vino a ser una prolongación de la de Monrovia.

1962 trajo la paz para Argelia, y con ella un apaciguamiento de los espíritus africanos. Un factor de división había desaparecido. El continente sentía necesidad de reconciliación. Tras un *impasse* que se arrastró unos meses, se acordó de pronto, casi contra reloj, la reunión general de Estados Africanos en la capital etíope. Y así se hizo.

La Organización de la Unidad Africana (O. U. A.).

La magna Conferencia de Addis Abeba demostró palpablemente que Africa era la parte del mundo donde los ánimos se encienden y se apagan más velozmente. Ante la sorpresa de todo el mundo, incluidos muchos africanos, el 25 de mayo de 1963, 30 Estados africanos firmaban la «Carta de la Unidad Africana» [8].

Su propósito era coordinar las políticas de los Estados miembros y respetar escrupulosamente las fronteras de la colonización, así como evitar las ingerencias en los asuntos internos y no fomentar subversiones desde el exterior. La Carta fue un compromiso, y llevaba más el signo del espíritu de Brazzaville y Monrovia que de Casablanca. Los Jefes de Estado y Gobierno se debían reunir anualmente en sesión ordinaria. La Conferencia de Ministros (de Asuntos Exteriores) tendría lugar dos veces por año, más las extraordinarias que fueran precisas; prepararían el camino para las Conferencias en la «cumbre». Había una Secretaría General y una serie de Comisiones especializadas.

El «espíritu de Addis Abeba» no tardaría en entrar en zozobra, llegando incluso al borde del naufragio. Antes de terminar el año la guerra se encendía en la frontera argelo-marroquí y el fuego prendía también en el «Cuerno de Africa» provocado por el irredentismo somalí a costa de Etiopía y luego Kenia. Así, la I Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores

[8] Togo y Marruecos la firmaron meses después, pues, por diversas razones, no habían participado en la Conferencia. De hecho, cuentan como Estados fundadores de la O. U. A., que serían así treinta y dos.

(MM. de A. E.) tuvo lugar en Addis Abeba. A comienzos de 1964 estallaba una violenta revolución en Zanzíbar y, como por contagio, los ejércitos del ex Africa Oriental británica se amotinaron. Los MM. de A. E. de la O. U. A. celebraron su segunda reunión extraordinaria en Dar Es Salaam y unos batallones africanos sustituyeron (en Tangañika) a las tropas británicas llamadas a sofocar a los revoltosos. No se consiguió formar un ejército africano. Cuando semanas después era el ejército de Gabón el que consumaba un golpe de Estado, serían las tropas francesas las que entraban en juego para restablecer el *statu quo ante.*

Era claro, pues, que los Gobiernos africanos se entendían mejor con las potencias extra-africanas (en este caso las ex metrópolis) que entre ellas mismas. De hecho, era algo peor que una falta de inteligencia: es que no se fiaban. En lo único que había unanimidad era en la denuncia virulenta del colonialismo portugués y del *apartheid.* En lo demás, «neocolonialismo» incluido, los pareceres eran disonantes y variados.

La que debería ser carta conciliadora de la O. U. A., pues, pronto comenzó a hacer aguas; en los años que sucedieron a la pleamar de Addis Abeba, Africa entró en la deriva, luego incluso en la abdicación. El Congo, terminada la tarea pacificadora de los cascos azules de la O. N. U., volvería a conocer la sangre en abundancia, y Africa, a pesar de los ansiosos llamamientos de Léopoldville, no acudiría a prevenirlo. Sería Tshombé, de Katanga, el nuevo Jefe del Gobierno central, ese Tshombé que ni las potencias de Brazzaville ni las de Casablanca nunca habían reconocido ni tratado. Ante el verbalismo e impotencia de los países africanos, serían los paracaidistas belgas, lanzados por aviones americanos, los que intervendrían en Stanleyville para rescatar a unos rehenes blancos a fines del año 1964. Africa había fracasado en el intento de negociación emprendido.

La I Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno se había celebrado en El Cairo en julio anterior sin admitirse a Tshombé, pero sin hacer nada positivo para evitar lo que iba inexorablemente a suceder en el Congo. Con ello se demostró que las Conferencias en la cumbre podían convertirse en una rutina más de la vida africana, incapaz de enfrentarse seriamente con los problemas candentes que la desgarraban. La II «cumbre» se celebró en Accra en octubre de 1965, siendo notoriamente boicoteada por muchos moderados, que acusaban al anfitrión Nkrumah de promover subversiones entre sus vecinos y hasta de haber fomentado un atentado contra un Jefe de Estado. Con todo, la amenazante Rhodesia estaba a dos semanas de su decla-

ración unilateral de independencia. La O. U. A. amenazó preventivamente contra tal paso, pero llegó el 11 de noviembre y Ian Smith dijo que su país era a partir de entonces uno más en Africa. Y no pasó nada. Los países africanos volvieron a tener una reunión de emergencia, lanzando un ultimátum a Gran Bretaña para que en un plazo de unos días pusiera fin a la rebelión rhodesiana, de lo contrario romperían las relaciones diplomáticas con ella. Transcurrió el plazo señalado y sólo una docena de países rompieron con Londres, es decir, la tercera parte de los que se habían comprometido a efectuarlo, que se había acordado por unanimidad.

El problema de Rhodesia tuvo la virtud de descubrir de una vez a los africanos su debilidad tan tremenda que los hacía totalmente impotentes. Cuando en noviembre de 1966 tuvo lugar la III Conferencia cumbre de la Organización Africana, el declive y el pesimismo pasaron por su máximo. A Addis Abeba se desplazaron menos de la mitad de los líderes, y de ellos seis partieron antes de la clausura. Como dijo Julius Nyerere, quizá el milagro consistió en que la O. U. A. no se desintegrara por completo. El humanista y realista presidente tanzanio urgió a Africa a que se hiciera «adulta», sin tener que «culpar siempre al Este o al Oeste» de sus fallos. Según él había que deshacerse de quimeras e ilusiones vanas y había que echar el «demonio» del cuerpo africano. *The Economist* apuntaba, no sin malicia, que «la reunión parecía indicar que si demonio hay, no hay, por el contrario, muchos magos disponibles para exorcisarlo» [9].

Lo cierto es que a partir de ahora la O. U. A., sin pretensiones de ningún género, actuará con más precisión burocrática que con aspiraciones y ansiedades políticas. Para evitar problemas, lo que pueda ser objeto de discusión y de división no se debate, y si se debate, se llegará a una fórmula de compromiso que no obligue a nadie y satisfaga a todos. El ejemplo lo tendríamos en Kinshasa en septiembre de 1967, donde se celebró la IV Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno (con la sola ausencia de Malawi), y en Argel, donde un año después albergó la V, a pesar de los ánimos más caldeados a consecuencia de la prolongada guerra nigeriana [10]. En esas condiciones, la

[9] *The Economist*, 19 de noviembre de 1966.

[10] La reunión, dijo el vicepresidente tanzanio, Kawawa, fue "un ejemplo claro en la historia donde líderes eminentes decidieron evadir el problema real jugando al juego del avestruz". *The World Today*, noviembre, 1968, pág. 452. *Afrique Contemporaine*, número 38-39, julio-octubre, 1968, comenta: "El principio de intangibilidad de las fronteras heredadas de la colonización ha sido más fuerte que los sentimientos humanitarios", pág. 14.

Organización de la Unidad Africana puede vivir tan insípidamente como la Organización de Estados Americanos, si bien con la ventaja de no tener ningún coloso que imponga o administre los criterios.

Los reagrupamientos.

Si el continente puede vivir fragmentado políticamente, le es más difícil desconocerse económicamente viviendo en compartimentos estancos. Entre el micronacionalismo generalizado y el utópico maximalismo nkrumahista quedan soluciones intermedias que tienen ya sus historias y avatares casi siempre adversos. A grandes rasgos apuntaremos la trayectoria de estos reagrupamientos a diverso nivel y funcionalidad [11].

La desintegración del *Rassemblement Démocratique Africain* (R. D. A.), presidido por Félix Houphouët-Boigny, a causa de las tensiones y egoísmos territoriales y personales, llevó a que el Africa francesa alcanzase la independencia por unidades políticas aisladas, que lo había hecho posible la *loi cadre* de 1956. El paso práctico, hay que decirlo, lo había inaugurado la Guinea de Sékou Touré, cuando en 1958 se decidió a emancipar solitariamente. El *Parti du Reagrupement Africain* (P. R. A.) de Léopold Senghor y de Modibo Keita sólo logró mantener por un par de meses la llamada Federación del Malí. A pesar de todo, estos Estados francófonos tenían un sustrato suficientemente sólido para llegar a formar aquel «grupo de Brazzaville», promulgando la carta de la *Unión Africana y Malgache* (U. A. M.) en 1961. Esta organización venia a politizar otra más concreta fundada unos meses antes: La *Organización Africana y Malgache de Cooperación Económica* (O. A. M. C. E.). Con la aparición de la O. U. A., y siendo la U. A. M. acusada más o menos directamente de ser vehículo del neocolonialismo francés, esta última organización decidió transformarse en una entidad francófona con finalidad política menos pronunciada, contra el parecer de sus miembros mas derechistas (Madagascar, Costa de Marfil, Gabón...). Así la U. A. M. pasó a convertirse en la U. A. M. C. E. *(Unión Africana y Malgache de Cooperación Económica)*. No llegó a funcionar plenamente, boicoteada por

[11] Un magnífico libro que trata de algunas de estas experiencias es el reciente *African Integration and Desintegration (Case Studies in Political and Economic Union)*, editado por ARTHUR HAZLEWOOD, Londres, 1967.

los Estados que se oponían a su nueva dirección. Sin embargo, el propio fracaso de la O. U. A. justificó una repolitización de la U. A. M. C. E., que vino a convertirse en la actual *Organización Común Africana y Malgache* (O. C. A. M.) en 1965, que viene funcionando normalmente. Al propio tiempo el teórico de la *négritude* y de la *africanité*, sacaba adelante el nuevo concepto de la *francophonie*.

La unidad del *Valle del Nilo* entre Egipto y Sudán, la más natural del continente, no llegó a cuajar, debido tanto a la mala política que los egipcios emplearon en el «condominio» angloegipcio, para captarse la voluntad del pueblo sudanés, como por el creciente nacionalismo de éste. Tras unos años de relaciones tensas entre Kartum y El Cairo, la presa de Asuán llegó a ponerlas en un plano de acuerdo práctico y más tarde íntimo. Las amenazas egipcias de proceder a una rectificación fronteriza violentamente parecen claramente sosiayadas.

La *Federación del Africa Central* (1953-63) fue forzada por los británicos a instancia de los colonos blancos que controlaban Rhodesia del Sur, que sería la parte que saldría más beneficiada de la experiencia. Pero los crecientes nacionalismos y las independencias condenaron la Federación a los diez años, con la emancipación de dos de sus miembros: Rhodesia del Norte (Zambia) y Niasa (Malawi). Los últimos lazos técnicos que los unía fueron rotos posteriormente a partir de la declaración de independencia por la Rhodesia de Ian Smith.

La *Federación del Africa Oriental*, en un sentido estricto, nunca llegó a ser tal, es decir, una entidad política. El pragmatismo británico siempre ha considerado irrealizable una unidad que a escala continental, pero se ha esforzado en federar territorios vecinos bajo su bandera. En 1945 Londres integró administrativamente Kenia, Uganda, Tangañika y Zanzíbar, bajo la Alta Comisaría del Africa Oriental. En 1961, al obtener la soberanía Tangañika, esta *High Commission* se transformaba en la *East African Common Services Organisation* (E. A. C. S. O.), pero las subsiguientes independencias de los otros tres miembros no derivaron en la esperada Federación política. Los nuevos Estados fueron reduciendo los «Servicios Comunes», llegando prácticamente al borde de la desintegración con las medidas restrictivas que iban introduciéndose, ya que algún miembro (Tangañika) consideraba que beneficiaban más a otros. La Organización había llegado a ser conocida, no sin razón, por el «mercado común de Kenia». En 1967 se firmaba un nuevo tratado, tras cuidadosa negociación, que reestructuraba el conjunto de las

relaciones entre los países, creándose a tal efecto un mercado común más equilibrado. La sede de la nueva organización está en Arusha (Tanzania).

Políticamente, uno de los raros logros positivos ha consistido en la unión de Zanzíbar y Tangañika, en 1964, como consecuencia de la sublevación del pueblo zanzibarí al poco de su independencia contra la minoría árabe dirigente. El régimen revolucionario surgido pidió la unión de las islas con el vecino país. El nombre adoptado fue el de *República Unida de Tangañika y Zanzíbar,* luego rebautizada por el de *República de Tanzania.* Zanzíbar guarda su personalidad, conservando amplios poderes; no es, pues, una fusión o integración sin más, y queda por ver hasta qué punto su buena marcha no depende de la personalidad del presidente Nyerere.

La *Pan-African Freedom Movement for East and Central Africa* (P. A. F. M. E. C. A.) nació en Mwanza (Tangañika) en 1958, participando los partidos y grupos políticos del Africa Oriental y Central, todavía no independientes. Aunque luego se transformaría en P. A. F. M. E. C. S. A., al ingresar los partidos y movimientos nacionalistas del Africa austral (integrando también por el norte a Etiopía y Somalia, Estados independientes), la organización nunca llegó a ser nada sólido. La O. U. A. pasaría a absorber sus funciones, sobre todo a través del Comité de Liberación. Aunque la antigua organización fue desapareciendo paulatinamente, las propias cortedades de la O. U. A. y el éxito relativo de la O. C. A. M. han hecho que los Estados del Africa Central y Oriental (unos once) hayan tenido reuniones a nivel de Jefes de Estado en 1966 (Nairobi), 1967 (Kinshasa y Kampala) y 1968 (Dar Es Salaam). En cierto modo puede considerarse una colaboración regional *de facto,* sin tratado alguno entre sus componentes, aunque con posibilidades de un buen futuro.

La *Unión Ghana-Guinea* fue consecuencia de la semitraumática independencia de Guinea en 1958. Ghana acudió en su auxilio diplomática y económicamente. Ambos países intentaron constituir un núcleo para un Africa Occidental unida y luego, más ambiciosamente, para el conjunto de Africa. No obstante, los personalismos y demás contradicciones (geografía, lengua, e incluso ideología, a pesar del común sustrato «revolucionario» de ambos líderes) dejaron la «Unión» en un simple *slogan.* La entrada de la República Malí amplió a un terceto la inoperancia. Cuando Nkrumah fue derribado en 1966 la Unión estaba muerta, pero cómo no se había extendido certificado de defunción, Touré le dio asilo, y por unos momentos reivindicó el viejo tratado que nunca había pasado de ser una lucubración, tal vez de un

Derecho Internacional inédito. De hecho, los líderes «revolucionarios» supervivientes—Touré y Keita—se orientarían claramente hacia Occidente, y concretamente hacia Francia, rompiendo igualmente el aislamiento que mantenían con sus vecinos. En este acercamiento, mientras Malí ha encontrado fuerte apoyo, Conakry sigue topando con la crónica impasibilidad y frialdad del Elíseo, ocupado por el mismo hombre de 1958. Lo que sí es cierto es que desde hace más de un año Nkrumah es un huésped incómodo y vigilado en Guinea.

La *Federación del Malí*, que se suscribió a cuatro, se inauguró sólo con dos: Sudán francés (ahora Malí) y Senegal. La prueba resistió un par de meses (1960). Eso llevó a Bamako a entrar en la Unión Ghana-Guinea, y, como este último país, a salirse de la zona del franco. Pero los fracasos lo llevaron al redil antes que Guinea lo intentase. Aunque Malí y Senegal renovaron el tráfico ferroviario casi a los tres años de su ruptura integral, a partir de entonces las relaciones se han ido haciendo cada vez más amistosas, si bien Dakar hace oidos sordos a cualquier demanda de mayor intimidad venida desde Bamako. La quiebra económica de Malí impuso planes de austeridad en lo económico y en lo político, pero el ejército intervino en noviembre pasado derribando el régimen de Modibo Keita, el cual, según dicen los militares, será juzgado por sus métodos dictatoriales.

El *Consejo de la Entente*, en cambio, concebido como una colaboración flexible y totalmente despolitizada, ha tomado cuerpo y ha aguantado asaltos que quebraron otras organizaciones más *engagées*. Inicialmente adscribía a Costa de Marfil—F. Houphouët-Boigny fue el diseñador de la organización—, Alto Volta y Dahomey (estos dos últimos desertores de la planeada cuatripartita Federación del Malí), uniéndose ulteriormente Togo. A pesar de los golpes de Estado que han sacudido a todos estos países, excepto Costa de Marfil, la «Entente» sigue adelante, si bien el principal beneficiario es Abidjan.

La *Federación de Nigeria* fue la resultante de lo que comenzó siendo un involuntario proceso de construcción por el Reino Unido a partir de 1914, cuando unió sus territorios del Sur animista y cristiano con los del Norte musulmán, tomando cuerpo con las sucesivas Constituciones hasta la independencia en 1960. Más que una ideación o planificación federal, fue la fuerza de una serie de políticas no siempre conectadas lo que llevó a la federación. Las tres regiones—Este (dominada por los ibos), Oeste (domi-

nada por los yorubas) y Norte (dominada por los hausas y fulanis), a las que se añadió una cuarta, la Medio Oeste, «ensalada de tribus», extraida del Oeste—jugaron al parlamentarismo y a la corrupción durante un largo lustro, hasta que los militares decidieron terminar con el carnaval. Lo que en realidad provocaron, tras una rápida experiencia unitaria, fue desencadenar matanzas tribales, provocar otro golpe militar y a la larga llevar a la secesión del Este con el nombre de Biafra, y a la guerra. La «unidad» federal (ahora de doce estados) parece salvada; lo discutible es el precio pagado por ella. En todo caso ha llamado poderosamente la atención la capacidad de resistencia de los biafreños, especialmente su recuperación a partir de octubre pasado, lo que subraya en qué proporción se ha internacionalizado el conflicto, es decir, las armas que lo prolongan, pues también al reducto ibo llegan considerables cantidades de armas y municiones de origen no totalmente aclarados, aunque Francia parezca ser un factor básico. Es de suponer que todo ello no es por pura filantropía [12].

Otros reagrupamientos tienen carácter monetario o aduanero, imponiéndolos las exigencias de las haciendas o de las economías, sobre todo para el Africa ex francesa, en general las más inviables, cuyas monedas, excepto la de Guinea, están ligadas al franco. Estos países han tenido que mantener esta colaboración en este plano, aun modificando tratados dejados por la potencia colonial. Así, la *Unión Aduanera del Africa Occidental* (U. D. A. O.) (1959), profundamente modificada por las apetencias contradictorias de Senegal y Costa de Marfil—Senghor y Houphouët-Boigny, R. D. A. y P. R. A.—, desembocó en la *Unión Monetaria Occidental Africana* (1962) (U. M. O. A.) (incluía Togo). En líneas similares se acordó la U. D. E. *(Unión Aduanera Ecuatorial)* (1959), agrupando los Estados del A. E. F., más pobres y menos poblados que los del A. O. F. En 1964 derivó en la *Unión Aduanera Económica del Africa Central* (U. D. E. A. C.), que entró en vigor en 1966, incluyendo a Camerún. Aquí los parientes pobres (y sin salida al mar) serían Chad y

[12] Un autor critica a los africanos por su condena de las fronteras arbitrarias que les fueron impuestas, pero que simultáneamente defienden a toda costa, y cree que es más aceptable cambiar tales trazados que no intentar la tremenda tarea de construir naciones con enormes masas de tierra y poblaciones increiblemente heterogéneas y prosigue: "Según está la situación ahora, Nigeria va probablemente a desintegrarse a la larga, de la misma manera que a la corta Biafra va a colapsar". ROSS K. BAKER, *The Emergence of Biafra: Balkanization or Nation-Building?* "Orbis", verano, 1968, XII, 2, página 533.

República Centroafricana, las cuales, sin ningún preaviso, sorprendieron con la noticia de haber formado con Congo-Kinshasa la *Unión de Estados de Africa Central* (U. E. A. C.) en abril de este año, La ambigüedad creada por la nueva situación pronto desapareció, quedando totalmente divorciada la nueva organización de la U. D. E. A. C., que así incluiría sólo Gabón, Camerún y Congo-Brazzaville. Hace pocos días la reluciente U. E. A. C. se ha hundido. Su corto periplo debió ser ajetreado. El gobierno de Bangui era acusado por el de Kinshasa de ser instrumento de la política francesa. La República Centroafricana ha expresado su deseo de reincorporarse a la U. D. E. A. C. [13].

Otras colaboraciones las imponen los accidentes geográficos, en particular acuáticos. Vimos la inteligencia a que condujo la construcción de la presa de Asuán, entre Egipto y Sudán. Otros ejemplos, pero en este caso cuajados en organizaciones, son la *Comisión de la Cuenca del Chad* (1964), formada por los cuatro Estados ribereños. Su sede reside en Fort-Lamy. Igualmente los Estados ribereños del río Níger firmaron el «Acta de Niamey» en 1963. Su sede radica en dicha capital. También se está procediendo al estudio para el aprovechamiento de los lagos orientales, algunos de los cuales sirven de fuentes al Nilo, por lo que debe procederse con el asenso de cinco países interesados o afectados.

---

[13] *ABC*, 8 de diciembre de 1968, y *La Vanguardia Española*, 12 de diciembre de 1968. Esta peripecia recuerda la vigencia y sistemática aplicación de las palabras de un autor americano que analizó la Unión "Ghana-Guinea, 1966", tomándola como "caso-estudio en las relaciones interafricanas":

"La disputa siempre sugiere que existe en Africa, a pesar de un auténtico deseo de unidad y de la presencia de una estructura internacional panafricana, un conflicto fundamental. Este conflicto está lejos de haberse resuelto; persiste por debajo de la superficie y reaparece cuando la superficie en calma se perturba. No existe ninguna razón para asumir que los nuevos Estados africanos, a causa de su experiencia común como objetos de una situación colonial, han desarrollado una idéntidad de intereses y una visión común de las cosas, mirando sus relaciones mutuas; hacerlo equivaldría a pasar por alto la vitalidad de este conflicto. Siempre ha sido difícil, en el mejor de los casos, reconciliar un conflicto entre dos ideologías o entre ideologías y pragmatismos. El actual conflicto dentro de Africa, a primera vista, no ofrece buenos augurios para una estabilidad en el futuro. Pero ello puede llevar a un creciente número de líderes africanos a la deseabilidad de más nacionalidad y de menos emocionalismo, como base para futuras relaciones interestatales", W. A. E. SKURNIK, *Ghana and Guinea 1966: A Case Study in Inter-African Relations, The Journal of Modern African Studies*, vol. 5 núm. 3, páginas 383-384.

El antiguo *Comité Interestatal para la Ordenación del Río Senegal,* compuesto por cuatro Estados y con sede en Saint-Louis, se ha transformado este año en la *Organización de Estados Ribereños del Senegal.* Igualmente cuatro Estados que forman la *Conferencia de los Países Ribereños del Sahara* (Argelia, Malí, Mauritania y Níger) se han reunido este año a nivel ministerial y no de simples gobernadores de región como hasta ahora. El proyecto de *Senegambia* sigue inédito, si bien los dos países concernidos colaboran en diversos campos, especialmente en el del transporte. Pero el contrabando juega contra Dakar. Mientras Gambia siga recibiendo subsidios de Gran Bretaña podrá seguir «inviable».

Toda suerte de especulaciones sustentadas sobre una amplia gama de bases se han expuesto a propósito de las fronteras y reagrupamientos potenciales. El Africa de las «fronteras artificiales» se enfrenta con los imperativos políticos y económicos, y muchos de sus problemas, como dijo Nyerere, no pueden imputarse para siempre a las ex potencias coloniales o a la política de los bloques. Resolver la «balcanización» de Africa depende de los africanos. Con todo, no estará por demás recordar que esta fragmentación consistió en reducir miles de unidades de convivencia a una cincuentena de unidades políticas. Pero siguen siendo demasiadas. La tragedia de Nigeria (o la menos conocida de Sudán) sugiere que existen más ansias de ampliar que de reducir el número de Estados [14].

Los conflictos armados.

Uno de los grandes reagrupamientos en potencia que se creía obstruido por el colonialismo francés es el Magreb. Marruecos y Tunicia, una vez independientes en 1956, apoyaron abiertamente a los insurrectos argelinos. Ya desde 1945 se habían tenido conferencias y reuniones entre los tres países sobre la unidad de esta región africana. Libia, a partir de su independencia, será objeto de invitaciones intermitentes sobre tales propósitos, como si este Magreb quisiera llevarse hasta las fronteras de Egipto. Durante el conflicto de Argelia emergió el petróleo en el Sahara, como ya había ocurrido en el reino libio. Y este Sahara francés, adscrito a la metrópoli como departamento, formaba parte administrativamente de Argelia, con sus departamentos mari-

[14] Véase nota 11.

timos. Los rebeldes reivindicaron el Sahara, naturalmente, como territorio argelino, lo que prolongó la lucha cerca de dos años. Lo consiguieron. Ello implicaba que las riquezas que albergaba el Sahara no serían explotadas en común por los países colindantes, sino que serían monopolizadas por la nueva República de Argelia.

Al año siguiente de su independencia, Marruecos, aduciendo la violación de unos acuerdos con el G. R. P. A., abrió el primer conflicto fronterizo de envergadura en Africa (octubre-noviembre 1963), para rectificar el impreciso trazado fronterizo con su vecina en el sur, en pleno desierto. La reluciente O. U. A. acudió presurosa, creando una comisión *ad hoc*, que se ha venido reuniendo desde entonces, aunque cada vez con mayor intervalo y más mortecinamente. La caída de Ben Bella, con la consiguiente llegada de los militares al poder, señaló el comienzo de un apresurado rearme por parte de Argel, hasta el punto de haber desequilibrado por completo con su desbordamiento los potenciales militares de la región, política que no cesa su curso, pese a las alarmas que levanta en Túnez y Rabat.

La posición marroquí es peligrosa, incómoda y de plena frustración, pues su reivindicación simultánea y sistemática del Sahara español (y el enclave de Ifni, sin reconocer abiertamente las plazas de soberanía españolas) y de Mauritania (aunque las pretensiones sobre ésta parecen más calmadas), así como el pleito fronterizo con Argelia, han llevado a los tres Estados afectados a una inteligencia mutua (de hecho Mauritania se comporta como un satélite de Argelia y también reivindica el Sahara español). La «guerra de los seis días» (1967) y la retirada francesa de Mers El Kebir (1968), junto con la entrada masiva de la flota soviética en el Mediterráneo, la cuestión de Gibraltar y la renovación de las bases norteamericanas en España (léase Rota), sumado a la política pro-árabe en el problema de Oriente Medio por parte del Gobierno de Madrid, dan a la situación como un todo, una mezcla de vértigo y de ejercicio en la cuerda floja.

Las realidades han impuesto más cautela al reino cherifiano: las negociaciones sobre Ifni parecen bastante avanzadas [15] y se abstiene de amenazar oficialmente a Nuakchott. La *détente* con Argel parece más afianzada. Por su parte España, dados los intereses conflictivos que se dan cita en su Sahara, parece tener seguros por el momento las arenas y los fosfatos del inmenso solar. Como

[15] El M. de A. E. español debe informar a las Cortes sobre las negociaciones con Marruecos acerca de Ifni. *La Vanguardia Española*, 13 diciembre 1968.

ha señalado un especialista de las posesiones españolas en Africa, «si España perdiese la iniciativa, seguiría de un modo casi cierto la partición o sería tragado por la fuerza de las armas. En cualquier caso, descolonización e independencia sobre el modelo seguido en otras partes de Africa no parece ser la alternativa realista» [16]. Por todo lo cual, la pregunta que realmente procede es ésta: ¿A dónde va Argelia?

El «Cuerno de Africa» también se incendió. No se trataba aquí de un reagrupamiento inter-naciones, sino de poner bajo la misma bandera al pueblo somalí desperdigado entre la República de Somalia, Etiopía, Kenia y la Costa Francesa de los Somalíes. Ya en 1960 lo que habían sido las Somalias británica e italiana alcanzaron la independencia casi al mismo tiempo; inmediatamente, de acuerdo a lo previsto, se fundieron en una sola unidad, caso verdaderamente insólito para niveles africanos. El nacionalismo somalí es ferviente y hasta equiparable a los clásicos europeos. Ya vimos que los incidentes con Etiopía tuvieron lugar casi al mismo tiempo que el conflicto argelo-marroquí; con la independencia de Kenia a finales de 1963 quedó inaugurado un nuevo frente, y sobre él pareció concentrarse más tarde el Gobierno de Mogadiscio, alimentando las bandas somalíes y a la población suya asentada al otro lado de la frontera. La fijación somalí, sin tener en cuenta la desproporción de fuerzas en presencia, hizo imposible cualquier acuerdo.

El paso del general De Gaulle por Djibuti en el verano de 1966 provocó una oleada de disturbios sangrientos no programados, lo que decidió al Gobierno francés a efectuar un referéndum para la autodeterminación en marzo del año siguiente. El resultado, un tanto problemático, se decidió por seguir bajo la protección francesa, evitándose con ello una guerra abierta entre Somalia y Etiopía, pues el estratégico y esencial ferrocarril de Addis Abeba al mar terminaba en el puerto de Djibuti. El territorio autodeterminado pasó a ser rebautizado con el nombre de Territorio francés de los Afars y de los Issas, en donde surgieron «movimientos de liberación».

Por otra parte, Etiopía veía levantarse un frente secesionista dentro de lo que comenzó siendo una federada Eritrea, pero que terminó siendo pura y simplemente integrada. Llegaron a haber choques con Sudán, en cuya frontera crecía la tensión. El «Cuerno de Africa», como un todo, iba cobrando

---

[16] RENÉ PELISSIER: Spain African Sandboxes, *Africa Report*, XI, 2 febrero 1966, página 20.

interés prominente, activado por el anuncio británico de su retirada de Adén para 1968, lo que dio ánimos y justificación al cuerpo expedicionario egipcio destacado en Yemen en apoyo de los republicanos en la guerra civil, sin gloria alguna, a prolongar su permanencia, alentando al propio tiempo a uno de los grupos políticos de nacionalistas rebelados contra los ingleses en la creada Federación de Arabia del Sur. Si El Cairo tenía planes trazados a más largo plazo en ambas orillas del sur del mar Rojo, los haría abortar la *britzkrieg*, que los israelíes desencadenaron en junio de 1967, pues, en efecto, desde entonces esta región de Africa ha dejado de dar partes de actividades guerreras. Los egipcios evacuaron Yemen, y hasta los británicos precipitaron su salida de la llamada Federación de Arabia del Sur sin mañana.

Y es que a los pocos días de la semana trágica árabe el Parlamento de Mogadiscio, ante general sorpresa, procedió a la elección constitucional del presidente de la República, y el saliente, Osmán, que se presentaba para un nuevo mandato, contra todos los pronósticos, no fue reelegido; al mes siguiente era nombrado jefe de Gobierno Egal, que imprimió un verdadero giro copernicano a su política exterior, buscando un acomodamiento y una buena vecindad con los países limítrofes, es decir, Etiopía y Kenia, llegándose incluso a firmar documentos a tal efecto. En septiembre último Egal visitó a De Gaulle en el Elíseo, reconociendo que Djibuti y sus alrededores era territorio francés.

Si la tercera guerra árabe-israelí tuvo la virtud de aclarar los nubarrones que se iban concentrando en el «Cuerno de Africa», también demostró que el Africa árabe respondía como un todo apasionado, mientras el Africa negra, salvo contadísimas excepciones, reaccionaba fríamente. En todo caso, serían en las ulteriores conferencias de la O. U. A., que en alguna resolución se haría constar la preocupación de sus miembros por la agresión israelí y la ocupación de territorios árabes.

Pero en Africa también hay conflictos intranacionales. El más trágico y mortífero ha sido el de Nigeria, iniciado bélicamente en junio de 1967. Tras una inesperada reacción de los biafreños cruzando el Níger, los federales se fueron imponiendo lentamente por su superioridad en material, contando con el reconocimiento de casi todas las grandes potencias, excepto Francia y Portugal, que han apoyado a los biafreños por razones no necesariamente sentimentales. Biafra, reducida a una mínima expresión, sigue resistiendo desesperadamente, aunque su suerte parece echada. El Estado secesionista, al que demasiados africanos han querido equiparar a Katanga, sólo ha conseguido el

reconocimiento de cuatro Estados, todos ellos africanos, y aun así tuvo que esperar nueve meses, cuando ya todo parecía perdido. Es interesante observar que son dos Estados francófonos derechistas—Gabón y Costa de Marfil—y dos anglófonos bien comprometidos, Tanzania y Zambia.

Sudán asimismo, desde hace años, sufre una cruenta guerra larvada entre el norte musulmán y árabe y el sur cristiano o animista y de raza negra. Actualmente la lucha también se desarrolla en las montañas al noroeste de Chad, habiéndose comprometido en las misteriosas operaciones contra los disidentes, por lo menos logísticamente, fuerzas francesas, en apoyo del Gobierno central. Esta sería la segunda vez que París hace intervenir sus tropas en Africa en apoyo de un Gobierno, pero la primera que es para algo más que para hacer frustrar un golpe de Estado. Ello lo hacen de acuerdo a tratados de defensa firmados, pero su interpretación, por lo visto, corre exclusivamente por cuenta de París.

En realidad, los golpes de Estado han entrado en la rutina de las cosas en bastantes Estados subsaharianos (Bumedian y Naguib-Nasser serían los ejemplos, aunque de mayor complejidad, desde luego, para el Africa mediterránea), y la rutina exige que sean incruentos, como en Iberoamérica, lo cual no es siempre el caso. En la mayor parte de los casos no suelen mostrarse mejores que el «partido único» en manos de civiles; en ocasiones, partiendo de un parlamentarismo corrupto, pueden desembocar en carnicerías a lo Nigeria. En otros, parecen la única solución, como en Congo-Kinshasa.

La presencia blanquista.

La descolonización ha dado paso, por lo general, al llamado neocolonialismo, concepto por precisar, pero de realidad patente. En ocasiones el recambio de estatuto político ofrece resistencias al provocar una reacción de intereses comprometidos que pueden llegar a condicionar altamente las decisiones de los Gobiernos de la metrópoli. El caso del Congo sería un ejemplo extremo. Los episodios que en su suelo se desarrollaron inmediatamente tras su independencia hubieran podido subsanarse con mayor rapidez y con menor violencia sin la secesión de la rica y económicamente decisiva Katanga, y ésta no hubiera podido persistir tan largo tiempo en su actitud sin el apoyo descarado de ciertas compañías y la complicidad de ciertos capitales. Históricamente el proceso de este cruel sino parecía escrito y fatal, desde la creación

de la llamada *Association Internationale du Congo*, fundada hace un siglo, y que un brillante historiador contemporáneo ha calificado de «*capitalist venture in piratical style*» [17].

Lo curioso de la experiencia katangueña fue que la O. N. U. intervino contra la secesión consumada y sus apoyos, al tiempo que contra la ingerencia y penetración de Moscú, oficialmente a requerimiento del poder central de Léopoldville. Es una forma de decir que U. S. A. ha suplantado en cierto modo a los belgas y demás, pero la unidad del Congo parece haberse asegurado. La última aventura de los mercenarios sublevados, sumado a la fracasada invasión mercenaria desde Angola, han demostrado que el general Mobutu podría controlar los acontecimientos contando con el apoyo americano. La nacionalización de la *Unión Minière* ha sido el broche de oro de su progresista política, todo lo cual muestra claramente que ha recogido el mensaje lumumbista —nacionalista y unitario—, independientemente de los factores que operasen en el sangriento 1960.

Con la reciente independización de Guinea Ecuatorial y el relativo acercamiento entre España y Marruecos parece claro que la política española no es problema para los africanos. Su problema crucial lo constituye el reducto blanquista en la parte meridional del continente, cuya barrera de contención, de océano a océano, la constituyen Tanzania, Zambia y Congo-Kinshasa. Llamamos *presencia blanquista* al hecho de que sean poblaciones blancas provocativamente minoritarias las que imponen su gobierno y decisiones sobre la mayoría negra o de color, sin consultarla en absoluto, pese a las entelequias jurídico-políticas que puedan exhibir.

Esta Africa blanquista incluiría el Africa portuguesa—Angola y Mozambique, así como el enclave de Cabinda—, la República del Apartheid—Sudáfrica—y su *de facto* integrado mandato del Africa del Sudoeste (ex alemana) y la Rhodesia de la Declaración Unilateral de Independencia. Altamente condicionados por este conglomerado están los llamados «rehenes» sudafricanos —Lesotho, Botswana y Nguena— (nombres que adoptaron los Territorios de la Alta Comisaría Británica en esta región al alcanzar la independencia), así como el semi-rehén Malawi.

El odio contra el colonialismo portugués y el *apartheid* sudafricano (a lo que se ha unido el desafío rhodesiano) han unido como un todo a los dis-

---

[17] A. J. P. TAYLOR: *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Londres, 1965, página 294.

pares pueblos de Africa, hasta el punto de constituir tal vez su único y verdadero acuerdo, es decir, saltando las desavenencias ideológicas y rivalidades territoriales o personales. La natural repugnancia que ocasionan las prácticas racistas, sobre todo en la propia tierra de los afectados, y el obtuso e inmovilista colonialismo portugués se han visto potenciados por este régimen de Salisbury, bien abrigado por las políticas de Pretoria v Lisboa.

No podemos entrar en pormenores. Basta decir que a partir de 1948 el revanchismo boer—Partido Nacionalista—ha conseguido el ansiado poder, habiéndose esfumado virtualmente la oposición (blanca, claro está; la otra no existe constitucionalmente). Nadie vislumbra cómo los *afrikaners* pueden perder el control de República (la «Unión» se superó al salirse hace unos años de la Commonwealth, como desacuerdo de los «vientos de cambio» que había detectado H. Macmillan en el continente). El asesinado Dr. Verwoerd dejó trazadas las bases del «desarrollo separado» de las razas. Sobre ello hay profusión de legislación. Su sucesor, J. Vorster (ferviente pro-nazí, como el Dr. Verwoerd, durante el conflicto mundial) ha creado el primero de los «bantustanes», con el nombre de Transkei. Su fórmula podríamos resumirla algo así como «a los negros [y demás colores] lo que corresponda a los negros, pero sin los negros». Clásico, pero sin posibilidad real de evolución.

Si Sudáfrica puede alegar y obligar en la típica no ingerencia en los asuntos internos, otra cosa ocurre con el que fue mandato del Africa Sudoccidental, que la O. N. U., a su modo, pugna anualmente por rescatar. Este asunto depende del Derecho Internacional, pues, aunque *de facto* el territorio está integrado en la República de Sudáfrica (llevando a él la legislación represiva y racista), ésta no se ha atrevido a proclamar *de jure* tal integración. Pero por esas lindezas que tiene el Derecho interpretado por ciertos juristas y estetas de su mecánica y sus tecnicidades, el Tribunal Internacional de La Haya se lavó las manos hace un par de años en una solemne decisión—falta de decisión—de una antesala de pleito que devoró años y millones de dólares. Entre tanto, Sudáfrica aumenta incesantemente su potencial armado y perfecciona su sistema de «seguridad», preparándose para lo peor (que, dicho sea de paso, no se intuye cómo ni de dónde puede venir).

Portugal, tras la rebelión de Angola en 1961, presenció el hundimiento de su paz en Mozambique y Guinea. Evidentemente, su política de *assimilação* o no daba más de sí o no era debidamente apreciada por sus usufructuarios. Este certificado de estar plenamente civilizado, después de siglos de presencia portuguesa, alcanzaba a menos del 1 por 100 en Angola y menos del 1 por 1.000

en Mozambique, cuando la insurrección [18]. Y en su política educativa (llamémosla así) había conseguido rescatar, para las luces de la civilización, al 1 por 100 de los mozambiqueños en 1950. Cuando los aires independentistas soplaron por Africa, Portugal ya no tenía colonias; sólo tenía «provincias de Ultramar». O sea, que Portugal, la potencia más atrasada y subdesarrollada entre las que practicaron la colonización, conserva, precisamente gracias a su oscurantismo, el último imperio del mundo. El precio que tiene que pagar es prohibitivo para el lamentable estado de su propia economía: tiene desplegados por Africa no menos de 115.000 hombres que montan la guardia o combaten a guerrillas no demasiado eficaces. El capítulo de defensa, que no hace una década absorbía el menor porcentaje del P. N. B. entre los países de la O. T. A. N. (excluyendo posiblemente Islandia), ahora, con un 8 por 100, si no más, es la que más dedica a ello (U. S. A., exceptuada). El Dr. Caetano sabe perfectamente que la reestructuración del país heredado del economista-hacendista, Dr. Salazar, comienza por las «provincias ultramarinas». Ello no significaría el fin de un problema; pero sería el comienzo de una solución.

Rhodesia, amparada por sus vecinos blanquistas, ha soportado ya tres años de independencia, a pesar de las «sanciones económicas». La Inglaterra de los laboristas se ha mostrado irresoluta, débil y abdicante, ante el prologado *fait accompli*. Todos los hechos demuestran que se quiere llegar a un acuerdo casi a cualquier precio, sobre todo por parte de Londres. Si Salisbury cede en algo, será más por la presión que pueda ejercer la ya preocupada Pretoria, suficientemente antagonizada por la opinión pública mundial. Las elecciones británicas todavía caen un poco lejanas para poder confiar con una llegada de los todavía más suaves conservadores al poder.

Con todo, Zambia de Kaunda, escudada y apoyada por la Tanzania de Nyerere y con el progresivamente más estable Congo de Mobutu, forman una barrera natural reivindicadora de los derechos de los africanos, y cuya política supone una atrición y desgaste de los blanquismos, que tienen que hacer frente crecientemente a operaciones de guerrillas, aunque éstas siguen lejos de haber alcanzado un grado de eficacia decisivo.

En efecto, los movimientos nacionalistas de liberación no han demostrado gran eficacia, y en muchos casos su conducta incluso ha sido negativa para su causa. Excepto en Mozambique, en cada territorio dependiente, tales organizaciones se dan por duplicado, cuando no por triplicado, siendo mutuamente

[18] JAMES DUFFY: Portugal in Africa, *Foreign Affairs*, abril 1963.

antagónicas, actuando como si ya hubiesen conquistado el poder soberano. El ejemplo máximo de su falta de eficacia lo demuestra su incapacidad para desalojar a los portugueses de su Guinea, incrustada entre las hostiles Guinea y Senegal. Por supuesto, los guerrilleros afirman, desde hace años, que controlan la mitad del territorio. El detalle reside en la otra mitad. Tanto más, porque los portugueses no sacan ningún beneficio de su pobre suelo.

Africa en el mundo y el mundo ante Africa.

Sirva este epígrafe a modo de conclusión. Africa surgió como un bólido en el todavía anquilosado mundo de las postrimerías de la guerra fría (si es que ésta alguna vez terminó). El bólido, sin embargo, pronto empezó a mostrar averías y demasiados volantes para demasiados pilotos. Eso no se compensaba con buenos mecánicos. La U. R. S. S. se interesó por los «revolucionarios». La inauguración de su política en este continente comenzó en 1955, si bien se circunscribió a Egipto y el problema de Oriente Medio (que luego ampliaría al Magreb). Las ex metrópolis se han preocupado de cuidar sus ex jardines. Estados Unidos entró en juego directamente (aunque con la O. N. U. por intermediario) cuando reventó la situación en el Congo, actuando contra ambas vertientes, la comunista y la de los intereses creados. Aquí, Moscú sufrió su primer traspiés serio.

Los imprevisibles desarrollos que comenzaron a observarse, envueltos en demasiadas intrascendencias y divisiones, hicieron que Africa agotara rápidamente la dosis de buena voluntad con que el mundo la había admitido cuando ingresó años antes en la comunidad de las naciones. Para la política rusa, el corolario ha sido de actuar más fríamente, y hasta de ponerse al lado, no sólo del Derecho Internacional, sino hasta del orden y la ley entendidos de la forma más clásicas, es decir, no marxista. La potencia histórica ha desplazado radicalmente a la potencia ideológica, lo que la haría chocar con China. Esta, pese a todos sus supuestos puritanismos, si bien ha actuado más revolucionariamente, tampoco se ha excedido, aunque sólo fuera por no haber encontrado predisposición bastante en ningún país. Así, la política china se ha limitado a ayudas técnicas y agrarias, y a soberbias promesas de grandes proyectos ferroviarios. La nueva y calmosa política soviética la ha demostrado el caso de Nigeria, al entrar en directo apoyo del poder central, lo que ha motivado que, a su vez, el Reino Unido se decidiera a hacer lo mismo, por razones obvias. De

todas formas, las armas con que los nacionalistas africanos combaten a los blanquistas proceden del campo socialista.

Mientras Africa no muestre más razón y menos pasión, más equilibrio y menos equilibrismo, más personalidad y menos personalismos, más hechos y menos retóricas, Africa no conseguirá salir de allí donde quería entrar, aunque por razones distintas: nos referimos a un semiretiro planificado, no a un aislamiento casi forzado. Si al principio preveía que el peligro iba a consistir en que demasiados se interesasen por ella, el nuevo peligro, mucho mayor, es que demasiado pocos—o nadie—se pregunten por su problemas. Estos problemas—la problemática—de Africa los enumeró ya Léopold Senghor:

«Tengamos el valor de reconocer que la independencia no es en sí misma una solución (ella es nominal). No sólo es preciso resolver sus contradicciones externas, sino asimismo sus contradicciones internas, que son el orden económico y social: falta de cuadros y de capitales, desequilibrio entre la agricultura y la industria, desproporción entre las rentas de los trabajadores del sector público, las de los trabajadores del sector privado y las de las masas campesinas» [19].

De todos modos, será mejor que el mundo deje de hablar de Africa indiscriminadamente y comience a fijar y precisar cada una de las piezas políticas que la componen. Entonces, las diferencias se apreciarán notablemente. Por ello, si un día se hablaba del «Africa revolucionaria» y del «Africa reformista», hoy, con más fundamento, podríamos hablar del Africa del naufragio y del Africa de la esperanza.

TOMÁS MESTRE.

Madrid, 15 de diciembre de 1968.

REAGRUPAMIENTOS Y ORGANIZACIONES PANAFRICANAS

UNION GHANA-GUINEA: 1958. Se convierte en la UNION DE ESTADOS AFRICANOS (Ghana, Guinea y Malí) en 1961. Fue diluyéndose y de hecho dejó de existir en 1963, si bien jurídicamente sigue en pie.

FEDERACION MALI: Sudán-Senegal, 1959-1960 (tras la deserción de los otros dos miembros, Níger y Dahomey). En 1960, Senegal hizo secesión.

[19] Citado por Leandro RUBIO GARCÍA, *Hacia un nuevo orden internacional*, Madrid, 1968, pág. 427.

CONSEJO DE LA ENTENTE: Costa de Marfil, Dahomey, Alto Volta y Níger, 1959. En 1960 se sumó Togo.

CONFERENCIAS DE SOLIDARIDAD AFRO-ASIATICAS: Bandung, 1955; en 1965 se frustró la de Argel ("segundo Bandung"). Otras menores han sido: El Cairo (1958), Conakry (1960), Moshi, Tangañika (1963). Caben añadir las de los "países no alineados".

CONFERENCIAS DE LOS ESTADOS AFRICANOS INDEPENDIENTES: Accra, 1958 (8 Estados); Addis Abeba, 1960 (13 Estados). Tras la frustrada de Túnez, en 1963, se fundó la O. U. A.

CONFERENCIAS DE LA ORGANIZACION DE PUEBLOS AFRICANOS: Conferencias en Accra (1958), Túnez (1960) y El Cairo (1961).

PAN-AFRICAN FREEDOM MOVEMENT: Para el Africa Oriental y Central (P. A. F. M. E. C. A.), 1958; para Africa Oriental, Central y Meridional (P. A. F. M. E. C. S. A.), 1962; Kenia, Uganda, Tangañika, Zanzíbar, Somalia, Eetiopía y movimientos nacionalistas del Africa Central y Meridional. Absorbido *de facto* por la O. U. A., pero no disuelto formalmente.

GRUPO DE BRAZZAVILLE, 1960: Senegal, Mauritania, Costa de Marfil, Dahomey, Alto Volta, Camerún, Gabón, Níger. Chad, Congo-Brazzaville, República Centroafricana y Madagascar.

GRUPO DE CASABLANCA, 1961: Ghana, Guinea, Malí, Marruecos, R. A. U., Libia y el Gobierno argelino en el exilio (G. R. P. A.).

GRUPO DE MONROVIA, 1961: Los Estados del "grupo de Brazzaville", más Liberia, Nigeria, Sierra Leona, Etiopía, Togo y Libia.

ORGANIZACION DE LA UNIDAD AFRICANA (O. U. A.), Addis Abeba, 1963. Conferencias anuales en la "cumbre" y las "extraordinarias" necesarias, más las de MM. de A. E. Agrupa todos los Estados africanos independientes, excepto la República Sudafrinana, con un total de 40 miembros.

ORGANIZACION AFRICANA Y MALGACHE DE COOPERACION ECONOMICA (O. A. M. C. E.), 1961. Integrada por el "grupo de Brazzaville". Da paso a la

UNION AFRICANA MALGACHE (U. A. M.) (1961), más politizada. En 1963 se incorporan Ruanda y Togo. Da paso a la

UNION AFRICANA Y MALGACHE DE COOPERACION ECONOMICA (U. A. M. C. E.), transformación de la U. A. M. por el ímpetu de la nueva O. U. A. No llegó a funcionar plenamente y dio paso a la actual

ORGANIZACION COMUN AFRICANA Y MALGACHE (O. C. A. M.), Tananarive, 1965.

(Para otras agrupaciones más regionales o técnicas, ver en el texto.)